

¿QUÉ ES MICHOACÁN?

Luis González y González

Muy estimados amigos:

Cuando me enteré de que la Universidad de Michoacán me concedía el *Doctorado Honoris Causa* me pregunté por enésima vez ¿Qué es Michoacán? Por quinta o sexta vez me puse a divagar sobre la respuesta a esa pregunta, divagaciones que aquí y ahora comparto abusivamente con un auditorio de personas cultas, merecedoras de oír pensamientos menos obvios que los míos. Con todo, espero que no todas mis palabras sean dignas de ir a parar al cesto de la basura o de ser motivo de burlas.

Como es bien sabido, Michoacán fue en el pasado y sigue siendo en el presente asunto de numerosos profesionales del saber aunque los expertos de algunas ramas mayores, como la geografía, han sido pocos y no muy fecundos. Hace veinte años un equipo, bajo la batuta del doctor Genaro Correa Pérez, produjo una vasta geografía de Michoacán de la que sólo salió a luz la parte física y el atlas. Alrededor de 1580 se hicieron las utilísimas relaciones geográficas, y en el siglo XIX fueron recibidos con aplauso los compendios de José María Hernández y Alfonso Luis Velasco. En fechas recientes apareció la *Síntesis Geográfica del Estado de Michoacán* del INEGI y la breve *Geografía:*



El Colegio de Michoacán.
Correo electrónico: luisgonglez@hotmail.com

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 35, enero-junio del 2002.

del cratofo

Tomas Abad

DOCTOR HONORIS CAUSA

**DOCTOR
HONORIS CAUSA
LUIS GONZALEZ Y GONZALEZ
FEBRERO 2002**



paisaje de la antigua ciénega de Chapala del colmichiano Heriberto Moreno. Si agregamos algunas guías turísticas y los artículos de un par de enciclopedias podemos ver con algún detalle, la casa de los michoacanos.

Para los geógrafos, Michoacán es poco más o menos un territorio ubicado entre los paralelos 20°24' al sur y 18 de latitud norte, y entre los meridianos 103°44' al oeste y 100 de longitud este. Lo separa el hasta hace poco anchuroso y cristalino río Lerma de los estados de Jalisco, Guanajuato y Querétaro y el no menos deteriorado y famoso río Balsas del de Guerrero. Algunos ríos menos ilustres lo bordean en el este, donde está el Estado de México, y el oeste, donde colinda con Colima y otra vez con Jalisco y al sur lo baña el inquieto mar Pacífico. Está de camino entre el centro y el occidente de la República Mexicana. Aunque sólo ocupa el 3% de la superficie de México, su extensión es de sesenta mil kilómetros cuadrados. Es y no es un territorio tropical. Comparte casi todos los climas del mundo. Presume alturas que van de cero a tres mil kilómetros cuadrados. No posee suelos y mares de tipo polar, pero de allí en fuera lo tiene todo. El océano Pacífico le presta aguas tibias que rara vez se deshacen blandamente en la arena y muchas veces rugen al estrellarse contra arrecifes. Un paisaje poco conocido del territorio michoacano es la cinta marítima dentada, en su mayor parte cerril, sólo en los extremos del oriente y el poniente, lisa. Después de los Bajos, que es el nombre popular de las playas y los acantilados costeros, luce hacia el norte la Sierra Madre del Sur, región de mucha montaña y aspereza, según se dice rica en metales preciosos, y según rumores, abundante en yerbas prohibidas y toda clase de alimañas. En cambio, el Plan de Tierra Caliente, un infierno lujurioso, se ha vuelto una de las regiones más mimadas de Michoacán. No así el paisaje que se le parece, el Bolsón del Balsas. Las tierras tórridas colindan con el paraíso que unos llaman Ladera Sur, y otros zona de balcones que permiten ver y exprimir sin sudar las llanuras calurosas. Enseguida viene la azotea de Michoacán que está formada por el laberinto de cimas y simas llamado Mil Cumbres y por las cúpulas y valles que constituyen la famosa Meseta Tarasca. Desde esas alturas,

si se mira hacia el norte, destacan los bajíos de Zamora y de Morelia que poseen valles fertilísimos por la bondad de los suelos y por la abundancia de aguas. He aquí los nueve paisajes de Michoacán que refieren de otra manera los cuenta humanos o demógrafos.

A todo lo largo del siglo XX la demografía estuvo de moda y sigue estándolo. En el siglo XIX se dio el antecedente ilustre de Juan Martínez de Lejarza quien compuso el *Análisis estadístico de la provincia de Michoacán en 1822* declarado por Lucas Alamán “una obra perfecta en su clase”. Desde 1895, empezaron a difundirse los censos de población y vivienda. Casi todos fueron muy inseguros tanto por la tarea de los censores como por las mentiras de los censados, producto de su desamor al gobierno y de su miedo al fisco. En los años del INEGI la situación ha mejorado y se han añadido nuevos temas: urbanización, migración y economía. Los investigadores de El Colegio de Michoacán han tomado muy en serio el tema de los emigrantes a Estados Unidos.

¿Cómo dar a conocer en pocas líneas y sin producir sueño los avatares por los que ha pasado la población michoacana en el siglo XX? Durante los primeros treinta años de esa centuria el número de michoacanos creció muy poco por la alta mortalidad infantil y las feroces matanzas de los soldados revolucionarios y cristeros. En aquel entonces, el número de michoagues se acercaba al millón. En los últimos setenta años la cifra se ha cuadruplicado por la lucha eficaz contra las enfermedades contagiosas, y el menor uso de las balas, pese a la disminución de la natalidad y a la fuga creciente de los michoagues a la capirucha, a los Estados Unidos y a otros sitios con mejores ofertas de trabajo, sueldo y educación. Las urbes siguen creciendo alocadamente. Morelia está cerca del millón de habitantes, Uruapan del medio millón y Apatzingán, Lázaro Cárdenas, Zamora y Zitácuaro sobrepasan o están próximos a los doscientos mil. El número y la calidad de las viviendas son cada vez mayores, así como los servicios de agua entubada, energía eléctrica y drenaje pero los pesimistas creen que todavía estamos muy lejos de una casa hogar para todos bien dotada de agua pura, desagües suficientes, luz, teléfono, televisión y

computadora. Muchas poblaciones siguen apegadas a las pintorescas trojes.

Por cierto, la trayectoria de Michoacán ha sido la obsesión de muchos historiadores. Tal vez sea fray Jerónimo de Alcalá, autor de la *Relación de Michoacán*, el que abre el fuego historiográfico. Lo siguen Diego de Basalenque, Pablo Beaumont, Diego Muñoz y otros frailes. Michoacán, vuelto estado del México independiente, contó con muchos cronistas y clionautas que dieron razón de la nueva era y de la serie de luchas político-militares que sucedieron a las guerras de independencia. De ese grupo sobresalen: Manuel Barbosa, Julián Bonavit, Juan Buitrón, Mariano de Jesús Torres y Lucas Alamán. En el siglo que acaba de morir, la nómina de historiadores, muchos de ellos ya entrenados para la tarea en las universidades michoacana y de México o en El Colegio de Michoacán, se ha multiplicado. Como quiera, no son pocos los que ejercen sin título, los autores de “obras en la que la imaginación sustituye a la búsqueda y el deseo se reviste de reflexión”. Se han ocupado de la historia michoacana, de punta a punta, don José Bravo Ugarte, su discípulo que les habla, Pedro M. Llaca, Álvaro Ochoa, Jesús Romero Flores y Jorge Zepeda Patterson. Marcia Castro Leal, José Oliveros y Román Piña Chan han explorado la época preolídica o de los purépecha. Las monografías recientes sobre el periodo de la Nueva España son obra de Germán Cardoso, Manuel González Galván, Oliva Gargallo, Delfina López Sarrelangue, Carlos Juárez, Francisco Miranda, Oscar Mazín, Claude Morin, Esperanza Ramírez, Rodolfo Pastor, Martha Terán, Ben Warren y Silvio Zavala. Del sanguinario siglo XIX se ocupan Raúl Arreola, José Napoleón Guzmán, Jaime Hernández, Ernesto Lemoine, Agustín García, Carlos Herrejón, Teresa Martínez Peñaloza, Heriberto Moreno, Gerardo Sánchez y Ernesto de la Torre. Las vidas de José María Morelos, Melchor Ocampo, Lázaro Cárdenas y otros prohombres michoacanos han sido escritas muchas veces por muchos clionautas expertos en la historiografía de bronce o edificante. Se ha desarrollado últimamente la historia de los terruños o matrias y de su gente común. Entre los contribuyentes a la microhistoria se distinguen Cirilo Álvarez, Raúl

Arreola, Donald Brand, Alberto Carrillo, José Corona Núñez, Daniel Cuevas, Justino Fernández, Francisco García Urbizu, el autor de *Pueblo en Vilo*, *Sahuayo* y *Zamora*, Moisés Guzmán, Carlos Herrejón, Ramón López Lara, Ramón López Maya, Pablo Macías, Francisco Miranda, César Moheno, Heriberto Moreno, Álvaro Ochoa, Héctor Ortiz, José Padilla, Arturo Rodríguez Zetina, Jesús Romero Flores, José Romero, Gerardo Sánchez, Jesús Teja, Gustavo Verduzco y Leopoldo Zincúnegui.

La abundante literatura histórica de tema michoacano nos da mucha luz sobre el aspecto cambiante, que según algunos es el sobresaliente de la entidad que tratamos de definir. Michoacán, según esta concepción, es un siendo y no un ser que para entenderlo dividimos en siete etapas o períodos: el purépecha que peleó contra los mexicas, el fundador de la Provincia Mayor de Michoacán, donde se fundieron razas, idiomas y religiones, el siglo michoacano de las luces que culmina en la revolución de independencia, el de las luchas entre centralistas y federalistas y conservadores y liberales, el porfirico que introdujo la modernidad ferroviaria, el revolucionario y el post-revolucionario o actual. Sólo dos de esos siete períodos fueron relativamente pacíficos lo que no quiere decir que la michoacanía sea necesariamente belicosa. El componente religioso, entre otros, induce a la paz.

Nadie puede acceder al conocimiento exacto de Michoacán si no lee algunas poesías y novelas alusivas al estado. Otro espejo de la michoacanía es la abrumadora literatura de asunto religioso. Le viene bien a nuestra provincia el epíteto que le han puesto algunos de sus enemigos: "Tierra de indolentes pensadores y de persignados o mochos". Todavía en el siglo XX un buen número de filósofos han escrito acerca de los modales y los pensadores de Michoacán: Germán Cardoso, Agustín Churruga, Juan Hernández Luna, Carlos Herrejón, Agustín Jacinto, Gabriel Méndez Plancarte, Bernabé Navarro, Samuel Ramos y José Sánchez Villaseñor.

No se podría entender la cara cultural de la michoacanidad si se omite la abundante literatura religiosa producida en la región. En

el segundo y tercer periodo de la vida michoacana se hicieron muchísimos libros para normar la mente y la conducta de los michoacanos y no sólo de ellos. Si ustedes se toman el trabajo de leer las bibliografías de Joaquín García Icazbalceta, Vicente Andrade y Nicolás León estarán de acuerdo conmigo de que la literatura religiosa fue la preponderante en la Provincia Mayor de Michoacán. Fueron autores muy leídos por los pocos que sabían leer: Alonso de la Veracruz, Francisco Ramírez, Diego Muñoz, Alonso de la Rea, Diego Basalencque, Isidro Félix de Espinoza, Matías de Escobar, Pablo Salceda, Agustín Castro y no sé cuántos más autores de crónicas religiosas, de vidas de varones justos, de imágenes milagrosas, cartas pastorales, triduos y novenas. Después de la independencia bajó el brillo de los escritores religiosos pero siguieron siendo muy solicitados. La religiosidad michoacana, tan fuerte, sigue alimentándose de devocionarios, de biografías de siervos de Dios, de historias de diócesis, santuarios y órdenes religiosas, de libros sobre la Cristiada, de moral práctica y muchas otras cosas. Últimamente se han agregado a la abundante literatura católica la de otras comunidades religiosas en su mayoría cristianas. En el último medio siglo se han publicado trabajos verdaderamente importantes sobre las instituciones, ideas, moral y liturgia del catolicismo michoacano hechos por Juan Buitrón, Pedro Carrasco, Alberto Carrillo, Ana Teresa Hernández Cano, Miguel Hernández Madrid, Carlos Herrejón, Roberto Jaramillo, Agustín Magaña, Oscar Mazín, Jean Meyer, Rogelio Sánchez, Aureliano Tapia Méndez, Jesús Tapia Santamaría y Francisco Valencia.

Pese al desamor gubernamental, ya centenario, y de los intelectuales jacobinos de la modernidad, la cara católica del estado sigue más sumisa a las órdenes de obispos, curas y religiosos que a las de gobernadores, diputados y presidentes municipales. El dogma y la moral católicas continúan imponiéndose en la mente y la conducta de las multitudes. La mayoría de los michoacanos ocupa la mayor parte del tiempo en actividades religiosas: misas, rosarios, peregrinaciones, etc.

La política y la administración pública de Michoacán se revela sobre todo en multitud de publicaciones oficiales que arrancan de la

constitución estatal de 1824. Núcleo de esa literatura son los informes que han leído durante centuria y media, año con año, menos en 1992, medio centenar de gobernadores. Antes de la Reforma no pasaron de simples peroratas, pero después sí se han presentado al congreso local algunos informes memorables tanto por lo que dicen como por lo que callan. También son de la mayor importancia los idearios políticos, las memorias y otros textos de eminentes políticos de la región como Melchor Ocampo y Lázaro Cárdenas. En todos los medios -radio, periodismo, televisión- abundan informes y análisis políticos. Trabaja muy activamente en el estudio de la cúpula política el reciente gremio de los politólogos, pero hay todavía muy poco escrito acerca de municipios y otros sectores de la base gubernamental.

Como quiera, la política no se vuelve aún un hábito de la vida michoacana. Pocos desconfían de Dios y de los santos y muchos de los gobernantes. Poca gente acude a las elecciones de gobernador, diputados y alcaldes.

Los economistas se han vuelto indispensables, de hace poco para acá, en la conciencia michoacana. Ni en la época española, ni en el primer siglo y medio de la vida independiente se acostumbró testimoniar la actividad económica en libros, folletos y artículos. Ni siquiera ahora que lo económico se ha vuelto obsesivo se consigue la información necesaria y veraz sobre la agricultura, la industria, las comunicaciones, los transportes y otros quehaceres michoacanos. Con todo, ahí están los buenos estudios hechos por las comisiones del Tepalcatepec y del Balsas, así como del plan Lerma, la Universidad Michoacana y los Colegios de México y Michoacán. Destacan los libros que se ocupan de la vida agropecuaria hechos por Sergio Alcántara, Pierre Baisnée, René Barbosa, David Barkin, Elionore Barrett, Michel Belshaw, Humbert Cochet, Ina Dinerman, Juan Manuel Durán, Salomón Eckstein, Jaime Espín, Ernest Feder, Lucía García López, Susana Glantz, José Gómez Robledo, Napoleón Guzmán, Robert Kemper, Thierry Link, Sergio Maturana, Lucio Mendieta y Núñez, Heriberto Moreno, Luis Alfonso Ramírez, Cayetano Reyes, Fernando Salmerón Castro y algunos más. La bibliografía industrial es escasa y

circunscrita a Las Truchas, como lo prueban Nelson Minello y Francisco Zapata. La industria textil es el tema de la obra de José Alfredo Uribe. De los transportes y el comercio se ocupa el libro de John Durston.

Creo que todavía es válido lo dicho en un libro de texto escrito por su servidor en los años ochenta. De *Michoacán: lagos azules y fuertes montañas* son las siguientes frases. La mitad de los trabajadores michoacanos se ocupa en actividades primarias: agrícolas, silvicultura o tala de bosques, ganadería y pesca. La agricultura del estado no es ningún modelo pero sigue en marcha. Se cultiva un millón de hectáreas, la cuarta parte susceptible de riego. En las tierras de temporal se miman amorosamente el maíz, el frijol y la calabaza. En la superficie irrigada los cultivos más redituables son la fresa, el algodón, la caña de azúcar, el trigo, la sandía y el aguacate. Los agricultores michoacanos tienen muchos problemas, la mayoría de difícil solución. Desde que apareció la motosierra un buen número de michoacanos se dedican a la actividad casi siempre delictiva de echar abajo los espléndidos bosques maderables de la entidad. Con especial ahínco talan el pino, el encino, el fresno, el oyamel y el cedro blanco. A la reforestación se dedica poco tiempo y entusiasmo, pero al desmonte muchas horas y muchas ganas. La cuarta parte de superficie de Michoacán es de pastizales, pero sólo se aprovechan 650 mil hectáreas de agostadero para mantener bovinos, cerdos, caballos, chivas, ovejas y burros. El número de gallinas es cada vez mayor. En un estado de tantas flores como Michoacán, la apicultura tiene mucho futuro pero poco presente. Algunos opinan que Michoacán, cuyo nombre significa lugar de peces debe cambiar de apelativo en vista de la escasez de pescadores. La pesca michoacana, si se compara con la del conjunto de México es poca tanto en el volumen como en el valor de lo producido. Las perspectivas de la pesca marítima son prometedoras. Son más los michoacanos que se dedican a buscar tesoros ocultos que a descubrir minas de oro, plata, cobre, zinc, plomo, fierro, arenas de vidrio, mármol y muchos otros minerales de la Sierra Madre del Sur, que alguna vez se llamó Motines de Oro, Mil Cumbres y demás serranías michoacanas.

La mitad de la industria estatal se limita a la fabricación de alimentos, bebidas y vestidos. Nunca dejaré de exaltar los quesos, el minguche y los yogures de San José de Gracia. La gran mayoría de los establecimientos industriales son pequeños y se ubican en la Meseta Tarasca y los bajíos de Zamora, Morelia, Tierra Caliente. Lo más lucido de la industria michoacana siguen siendo las artesanías de metales, madera, cuero, telas, barro y laca. Son famosas las guitarras y las bateas de Uruapan, las lacas de Quiroga y Pátzcuaro, la cerámica o loza de Tzintzuntzan, Santa Fe de la Laguna, Huáncito, Ocumicho, Zacapu, Zinapécuaro, Patamban, Ario y Capula. Otra artesanía sobresaliente es la de objetos de pánicua, mimbre, maguey, tule, lechuguilla, palma, etc. Gozan de fama los petates, sopladores, costureros, jaulas y otros útiles domésticos. Son muy apreciados los rebozos de Uruapan, de Cherán, y de Jiquilpan y los sarapes de Santa Clara, Paracho, Pichátaro y Nahuatzen, así como los huaraches de aquí y de allá. En las artesanías de madera se distinguen Cuanajo, Uruapan, Paracho, Quiroga, Morelia, Pátzcuaro y Maravatío. La joyería de oro tiene su principal asiento en Huetamo, y la de la plata en Pátzcuaro. Santa Clara del Cobre se destaca por la hechura de objetos del metal que le da nombre al pueblo. Como Michoacán es tan arrugado se han requerido muchos esfuerzos en la hechura de carreteras y de tendidos de telégrafos, teléfonos y luz. La longitud de la red carretera pasa de once mil kilómetros y la red ferroviaria tenía en 1998 mil trescientos veintiséis kilómetros. En la misma fecha había cuatro aeropuertos y veintisiete aeródromos. El ramo de comunicaciones y transportes está lejos de ser una maravilla pero ya tiene la mayoría de las oficinas y los hogares teléfonos, televisores, correos electrónicos y demás artefactos de la modernidad. Cada vez menos caballos y burros y más automóviles, camiones y motocicletas, transportan a los michoacanos y sus pertenencias. Dizque los vehículos de motor ya pasan de doscientos cincuenta mil en el estado. El puerto de Lázaro Cárdenas es el único en el país que tiene grúas de contenedores de 50 toneladas y ofrece acceso, muelles y servicios a barcos hasta de ochenta mil toneladas. La aviación del estado no se distingue por la importancia ni por la eficiencia.

En cuestión de comercio, los que saben contradicen lo que ven los ojos. Cuando se camina por calles y plazas de los pueblos y ciudades de Michoacán se ven tiendas, estancillos y toda clase de vendimias a diestra y siniestra. En los pueblos chicos todo es tiendas de abarrotes, días de tianguis y mercados a flor de tierra. En las ciudades abundan los vendedores ambulantes, las tiendas especializadas en comestibles, artículos para el hogar, muebles, zapatos, ropas y bebidas embriagantes, y los almacenes enormes que venden de todo, incluso libros y dan la oportunidad a los clientes de ver, oler, oír, y tocar las mercancías. Como quiera, según los expertos, Michoacán se coloca, en movimiento mercantil, entre las cuatro últimas entidades de la República. Cerca de cien mil michoacanos se dedican al comercio al por menor y sólo diecisiete mil al comercio al por mayor. Ni siquiera el 10% de los económicamente activos son comerciantes. A finales de 1998 el número de hoteles y mesones era de 410 y de cuartos 12,000. No obstante la propaganda, los autores de libros de viaje, las guías turísticas y obras como *Cien Maravillas de México* de Fernán González de la Vara y *Michoacán a la Mesa* de su padre; no obstante la variedad y belleza de los paisajes michoacanos, sus suaves playas e impresionantes acantilados, sus templos y palacios, sus hermosas trojes, sus balnearios de aguas termales, sus ruinas prehispánicas, sus restaurantes y otros atractivos el turismo no tiene aún el lugar que se merece.

Denles el favor que les merezca a las siguientes afirmaciones. El territorio michoacano tiene mil caras, muchas edénicas, algunas incómodas y poquísimas a la altura de las exigencias de la modernidad. La sociedad michoacana tira a reducir el número de nacimientos, a aumentar la cifra de adultos con título y resignarse al alza de ancianos achacosos. Michoacán sigue estando muy cerca de Dios y muy lejos de los Estados Unidos. Reza mucho y se enriquece poco. La americanización de los michoacanos, tan afectos a pasar la línea fronteriza con los Estados Unidos, es más ruido que nueces. Dolarizarse no es agringarse. En el orden social la familia sigue siendo el modelo de toda organización comunitaria. En el orden de las querencias políticas, la patria es primero, la patria viene enseguida y

en tercer lugar Michoacán, la América Hispánica y el mundo. En el orden de las ideas, no nos queda tiempo para decir lo necesario ahora lo mismo que en el de artes plásticas, música y literatura. Sólo me permitiré leerles una breve parrafada final para cumplir con la costumbre.

Michoacán es un organismo tan complejo que no es nada fácil decir qué es. Todavía a los universitarios de esta porción del mundo, y a los amigos michoacanistas de fuera, les falta mucho por averiguar de la tierra donde estamos. Si mantenemos el cariño y la curiosidad necesarias por la casa que nos da calor, comida y ocio, los miembros de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, de El Colegio de Michoacán y de otras instituciones empeñadas en la investigación del edén de México, tienen mucho por inquirir de los numerosos recovecos geográficos, históricos, políticos, religiosos, económicos y artísticos de los distintos períodos y del centenar y pico de materias de Michoacán.

Muchas gracias por la atención que se hallan servido prestarme. También agradeceré sus preguntas, comentarios y desacuerdos.

San José de Gracia, Michoacán, el 7 de febrero del año 2002.

